

SAN CRISTÓBAL TIENE CRONISTA

Por Yadira Escobar

“La Gloria se fue pa´ Nueva España, la Yé se perdió en el alfabeto y ahora está en el suroriente. Y el Divino Niño espera un 20 de julio para acercar los ojos a la tierra. (Yadira Escobar)

*Yo amo a una mujer del suroriente
y voy a guerreársela a su madre
que la castiga a puro porrazo
si de la hora de llegada se pasa dos minutos.*

Fragmento de “Suroriente”, libro de poemas de Óscar Bustos

Tiene los gemelos muy desarrollados de tanto subir y bajar por la geografía de su localidad, un verdadero laberinto de calles que suben y bajan al suroriente de Bogotá, y que se precipitan desde los 3.150 m.s.n.m y caen en el plan del Veinte de Julio a 2.600 metros. A diario, hace el mismo recorrido del río Fucha y de las quebradas Morales, La Chirosa y El chorro de Silvino, que atraviesan esa zona de oriente a occidente, entre barrios populosos y empinados, buscando desembocar en el Tunjuelo.

Es Óscar Bustos, presidente de la junta de acción comunal del barrio San Vicente Parte Alta, escritor y cronista y, para rematar, una persona con doble ración de corazón. Residente en San Cristóbal desde que era niño, para narrar esta localidad la ha recorrido incesantemente, haciendo las pausas necesarias para conversar con sus habitantes. Aunque la primera impresión da una imagen caótica de los múltiples barrios en ladera que ascienden a uno y otro lado de la Antigua Carretera a Villavicencio, él conoce sus atajos y con unos cuantos pasos salta de uno a otro barrio, donde las constantes son los fríos vientos que bajan de la montaña, las calles empinadas y las manos callosas de personas de ensueño.

La localidad cuarta de San Cristóbal es un mirador de la ciudad. Desde aquí sus habitantes han visto las llamas del Palacio de Justicia, el crecimiento de los grandes edificios y la miseria que crece en los suburbios ubicados en este sector de la ciudad. Desde arriba la enorme capital se ve como en un hueco y se presiente que hay que descender por un precipicio para llegar hasta ella. Sin embargo para el cronista su localidad está ubicada en una esquina privilegiada. Por esta razón los niños de San Vicente Parte Alta recitan así

*Mi barrio es un mirador
y en la distancia resalta.
Mi barrio es mi gran amor,
San Vicente Parte Alta.*

Esta copla escrita por Óscar Bustos es coreada como un mantra por la comunidad de esta zona de la ciudad. Mantra salvador del olvido, de la indiferencia y la desazón. Óscar Bustos, el hombre de 1.68 de estatura, tez blanca y ojos verdes que se entrecierran un poco cuando escucha a un interlocutor; el hombre que en un paseo de dos cuadras por su localidad puede ser saludado por diez personas en diversos momentos. Sin duda es el personaje más célebre y famoso del suroriente de la ciudad. He aquí su historia.

Infancia: el tiempo en que la niebla se aleja

La localidad de San Cristóbal surgió gracias a la violencia perenne de este país. Miles de desplazados llegaron a esta zona desde 1920, en busca de un pedacito de tierra donde la huerta y los sueños crecieran. En ese tiempo los ventarrones, la lluvia y el barro arcilloso de la montaña eran más notorios, más cercanos y cotidianos. También los fogones de leña ardían con mucha fuerza y en mayor número en los distintos hogares. Ahora lo único que recuerda ese origen campesino es la palabra de los viejos, que se quedan mirando hacia la montaña envuelta en su ruana de niebla, como extrañados de que no sea lo que era. Algunos habitantes, los más viejos, recuerdan ese tiempo en voz alta, con nostalgia y melancolía.

Su familia —la de Óscar Bustos— (el padre, Rodolfo; la madre, Maxelenda, y cuatro hermanos: Ricardo, el mayor; César, su mellizo; Alba Edith, la única hermana, y Omar, el menor) llegó a la capital en búsqueda de mejores oportunidades para todos. Venían de Otanche, Boyacá, zona esmeraldífera, donde había nacido su hermano menor y donde habían muerto violentamente seis de sus tíos y una decena de sus primos. Cuando Maxelenda quedó embarazada, su doctor le dijo que esperaba dos cosas: un lindo niño y un bulto indeterminado. Este diagnóstico sigue pesando en las vidas de César y de Óscar; quienes, cuando se acuerdan, discuten jocosamente sobre quién fue el bulto. Esta discusión incluyen también a los miembros de la familia que están presentes en estos momentos.

Durante su infancia, el garrote fue un elemento repetitivo. Su hermano mayor, Ricardo, fue quien tuvo que cargar con las travesuras de sus hermanos en forma de correazos en la Espalda. Su hermana, aquella que no vivió porque una pulmonía se la llevó, fue un recuerdo siempre presente en la niñez del cronista.

Los padres de los Bustos Bustos tuvieron que trabajar fuerte para sacar a su descendencia. Cuando Rodolfo y Maxelenda trabajaban, esta pandilla salía a las calles de la localidad. Paseando sin rumbo, sin control y sin tutor. Esta situación sirvió para que una religiosa se acercara a la familia para pedirle a Maxelenda que le regalara al pequeño Óscar Bustos, tal vez atraída por los ojos verdes, vivaces y un poco retraídos del niño. La religiosa llegó a la casa de los Bustos ofreciendo para el niño una educación, comida, cuidado y una futura carrera como sacerdote.

La madre de Óscar puso el grito en el cielo y sacó a la monjita de la casa diciéndole que ella era la que los había tenido, que a ella le había dolido, así que ni por todo el oro del mundo regalaría a uno de sus hijos.

Esta historia se repetiría con muchos más de los pequeños de esta localidad.

Los Bustos Bustos actualmente ocupan la mitad de una cuadra donde construyeron poquito a poco sus casas, llegaron a construir otra historia y a compartir una fuerte tradición oral, enriquecida por los campesinos convertidos en migrantes urbanos.

Una historia que aun sobrevive es la de Caparrapí Picapiedra, un hombre que les traía a sus vecinos las piedras para construir los cimientos de sus casas, aún vive en la memoria de la localidad gracias al escritor y vecino. Picapiedra se ha inmortalizado en el libro “*Suroriente*”, compendio de poemas de Óscar Bustos, en el cual se describe así a este personaje:

Caparrapí Picapiedra

*Caparrapí Picapiedra llevaba seis tacos de dinamita
bajo el brazo y una pica en la otra mano, caminando
delante de sus burros, en la húmeda montaña,
lejos de todo y echándole el ojo a las piedras más
grandes, que luego removía, “cuéstele lo que le cueste”.*

*No hay casa en el suroriente que no tenga en sus
cimientos un viaje de piedra extraída, picada a puro
golpe de maceta y trasladada por los burros de
Caparrapí Picapiedra.*

Fragmento, tomado de “Suroriente”.

En 1984 la niebla ya se alejaba y la leña ardía con más fuerza porque nació El Tizón, una publicación hecha por diferentes grupos culturales de la localidad cuarta de San Cristóbal. El teatro, la danza, la música y, principalmente, la tradición oral engendraron un homenaje al origen campesino de esta localidad. El Tizón simboliza el calor del hogar, la lucha por la vida y, sobre todo, el compromiso por el bienestar de todos.

La imagen de este compromiso era un hombre alado que alzaba vuelo, como si se tratara de un habitante de la localidad lanzándose al precipicio para llegar a Bogotá, y que se puede ver en El Tizón No. cero. Héctor Farfán, ilustrador,

dibujante, artista y amigo de Óscar Bustos, se encargó de darle vida a este personaje en cada uno de los números de El Tizón.

Fue en El Tizón donde Óscar Bustos hizo sus pinitos periodísticos y literarios. Según el escritor, “la revista fue hecha con las uñas, a punta de amor al arte y a la comunidad de este sector”. Para Anadelina, su ex – esposa, “Óscar y sus amigos en ese tiempo eran la sensación, y como yo veía como era Óscar con todo el mundo, me fui pegando a esa corriente”.

Recuerdos, las cuentas de un rosario de anécdotas

La materia prima de Óscar Bustos es su vida. Algunas de sus vivencias se han convertido en poemas, otras en cuentos y otras en noticias y relatos periodísticos, porque Bustos no ha desaprovechado ninguno de los medios en los que ha laborado para narrar a su comunidad. Lo hizo contando las historias de los barrios en Radio Santa Fe, o contando la historia del enfermero Ignacio Guatame en El Mundo Según Pirry, programa del que fue investigador periodístico.

Su vida ha transcurrido en estas calles serpenteantes. A través de ellas han llegado a él su gran amor Anadelina, su hija Yadira, su sustento, sus amigos, sus desgracias y sobre todo su sensibilidad. He aquí algunas de sus historias.

Un padre nuestro: cuando Ananías Niño se perdió

Un día en la infancia de Óscar Bustos, un vecino de su barrio se perdió en la montaña. Sí, la montaña esa que se veía amenazante, de la que salían aullidos, ventarrones y múltiples historias de la Patasola, ya convertida en mito urbano, de locos y de todo tipo de engendros que se llevarían a los niños por no portarse bien, especialmente a los Bustos Bustos.

En esa época, con la desaparición del vecino todo el mundo se alarmó. Se armó un comité de vecinos. Ellos se armaron con machetes. Y los machetes se

armaron de brillo. Y penetraron en la montaña, gritando: señor Niño... señor Niñoooooo.

Cinco días después encontraron al señor Niño, calvo y más colorado que nunca, muerto... de la risa, porque él se había ido a beber chicha con los indios al otro lado de la montaña. Un poema quedó como resultado de aquella hazaña en el libro Suroriente:

Una Avemaría: cuando la carretera aún se oía

La antigua carretera al Llano la construyeron los presos del antiguo Panóptico Central, hoy convertido en el Museo Nacional de Colombia. La hicieron encadenados, cada uno vigilado por tres o cuatro guardias que marcaban el ritmo de su pica, a pesar de la lluvia o del sol inclemente. La historia fue recuperada de la memoria oral de los habitantes de san Cristóbal por los periodistas de El Tizón en 1985.

Estos presos compraban el guarapo, la chicha y las arepas que hacían diferentes campesinos como doña Concepción viuda de Daza, entrevistada en El Tizón. Allí, a punta de estos manjares autóctonos, los presidiarios pagaban sus penas. Años después Bustos también elaboró el poema respectivo. Allí, Óscar vio como después esta misma carretera caía en desgracia, como quienes allí se habían asentado tendrían que buscar nuevas formas de subsistencia por que la carretera no se oiría jamás.

Un gloria: por aquellos que sobreviven y no se han ido

Históricamente el río Fucha o la Quebrada La Chirosa se salen de madre y arrasan con todo. Otra historia del suroriente, un poco más actual y con un tinte conmovedor es la siguiente. En el invierno que ha azotado durante los últimos meses a la capital colombiana, muchos han sido afectados. Inundaciones,

familias sin techo, daños materiales y humanos que se atiende por parte del gobierno distrital sólo con pañitos de agua tibia, son historias cotidianas.

En esta historia, un niño se puso a jugar en la corriente de aguas lluvias de las calles empinadas del barrio San Vicente Parte Alta, que se lanzan con fuerza a casi tres mil metros de altura. De un momento a otro la corriente creció. La fuerza del agua arrastró al pequeño unos 200 metros. Algunos vecinos se dieron cuenta de la situación y corrieron a ayudarlo. Sin embargo la corriente fue más rápida que ellos. El niño llegó a una alcantarilla montado forzosamente en su transporte de agua. La alcantarilla literalmente se lo tragó. Muchos pensaron que no lo verían más, que la alcantarilla y su largo esófago de cemento se lo tragarían para siempre. Sin embargo todavía no era la hora. Unos 300 metros más adelante salió el niño expulsado por la fuerza del agua. Un mecánico, vecino del sector, estaba cerca del lugar de los hechos y lo sacó de la corriente furiosa. El niño tendrá una nueva oportunidad sobre la tierra: aunque con magulladuras, estaba vivo.

Promotora Cultural Zuro Riente

La Promotora Cultural Zuro Riente nace con la agrupación de diferentes grupos culturales de la localidad de San Cristóbal. El nombre se origina en un juego de palabras, en que Zuro hace referencia a los pájaros, a la posibilidad de la palabra de trascender y de construir memoria.

Dentro de esta construcción de memoria colectiva, en 1984 la Promotora hizo la primera publicación de El Tizón, una revista de 40 páginas, todas dedicadas a la historia de la localidad. Los jóvenes periodistas de entonces, entre los cuales Oscar Bustos tuvo un indudable liderazgo, transcribieron desde los relatos de los abuelos sobre el frío ya mítico hasta la aparición de fantasmas urbanos. La revista llegará al número 7, habiendo partido de un número cero, y hasta hoy no ha tenido parangón en la historia de los medios alternativos en la ciudad.

En la Promotora Oscar Bustos aprendió, siendo muy joven, a montar en zancos, a pintarse la cara y a hacer reír a la gente con una nariz roja y divertidos juegos de palabras. Entretanto, durante un año estudió teatro en la Escuela Luis Enrique Osorio, que entonces quedaba en los sótanos de la Avenida Jiménez con Séptima y que era dirigida por el ya reconocido escritor Jairo Aníbal Niño. También Oscar afianzó en la Promotora su pasión por las letras, por las palabras que lo salvan de la indiferencia y la frivolidad del mundo.

Por esta razón, Óscar Bustos hace esta Solicitud:

Solicitud

*Ayúdame Palabra a Saludar al mundo,
Préstame tus más limpios secretos,
Los precisos, los únicos.*

*Escapa de los libros inútiles,
Deja mudas las frías voces de los locutores
Y de la demagogia de los políticos
Y ven sin artificios.*

*Ayúdame Palabra a hablar como un niño
Que no tiene prejuicios ni es culpable.*

Ven, por favor, sé fuerte.

Tomado de Surorienté.

Cuando los Sueños vuelan, las voces del surorienté suenan

También la Promotora y la junta de acción comunal del barrio San Vicente Parte Alta han realizado desde hace 17 años el Festival del Viento y las Cometas, evento que reúne unas cien cometas y que genera una multitudinaria reunión de personas de la comunidad. En esta fiesta anual de los pobladores del suroriente son premiados los ganadores de varios concursos: la cometa más creativa, la que vuele más alto, la de la cola más bonita, la cometa más grande, la más pequeña y un premio especial a la familia o grupo que solidariamente vuele su cometa. Para concursar los participantes pagan mil pesos, que les da la posibilidad de compartir. No obstante, el Festival vive cada año la amenaza de reducir sus ya escasos recursos por parte de la Alcaldía Local de San Cristóbal y la Junta administradora Local (JAL).

Cuando El Zuro Se Convierte En Chulo

En el desarrollo de esta localidad han sido muchos los avivatos que han querido sacar beneficios de la miseria y la ingenuidad que cohabitan este sector. Múltiples han sido los escándalos de corrupción, violencia y chanchullos políticos que se han generado dentro de esta comunidad.

El acueducto vs San Vicente: Una guerra sin ayuda divina

Uno de los primeros conflictos generados por las desmedidas ambiciones políticas se da con la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá. En el año de 1985, la empresa pidió a la Junta de Acción comunal de San Vicente Parte Alta que les cediera un terreno en el que se ubicaba la cancha de recreación del barrio. En ese entonces, el gerente de la empresa se comprometió a trasladar la cancha más cerca al precipicio, a adecuarla y mantenerla.

Hoy, esta cancha es centro de reunión para los consumidores de droga del sector, es cercada por amplios muros de cemento que construyó hace poco la

empresa de Acueducto y alcantarillado y para los pocos que juegan allí se configura como un peligro para la vida y la integridad personal de los pobladores, puesto que la cancha está ubicada al borde de una ladera.

Múltiples derechos de petición han sido tramitados por el presidente de la Junta de Acción comunal, Óscar Bustos, sin embargo la escritura del terreno está a nombre de la entidad. Una de las propuestas hechas por la comunidad es la construcción de la cancha sobre los tanques de almacenamiento al igual que como fueron construidos en el parque nacional. Esta propuesta no ha sido acogida por la institución.

Décadas de los 80 y 90: una protesta frente a la coacción de las armas

En el final del siglo XX, múltiples procesos de transformación política tuvieron lugar en Colombia. Uno de ellos es la desmovilización del grupo guerrillero M19. En la localidad 4 San Cristóbal, este grupo armado intentó pernear las estructuras culturales establecidas por la Promotora Cultural Zuro Riente.

Frente a esta presión, los participantes y artífices de las iniciativas culturales sentaron su voz de protesta logrando un “acuerdo” con el grupo logrando que cesaran las presiones.

Cuando los Sueños vuelan, las voces del suroriente suenan II. La muerte lenta de una fiesta comunal.

La corrupción también ha devorado El Festival del Viento y las Cometas. Después de 14 años del festival, las decisiones políticas de la administración de la junta Administradora Local han reducido el presupuesto para este y otros eventos organizados por 24 organizaciones más del sector. Esto, para hacer una “semana cultural” que frente al festival del viento y las cometas tuvo un nivel muy muy muy bajo.

Con estas decisiones, la pregunta que se plantea es: ¿Vale la pena interrumpir procesos culturales iniciados desde hace varios años y que son la base de grandes comunidades en el afán de repartirse la torta presupuestal del estado?. No lo sé, tal vez el tiempo dará una respuesta fáctica a esta cuestión.

Óscar Bustos: El hombre, El Amigo, El Periodista y El Ser Humano.

La Gloria se fue pa´ Nueva España, la Ye se perdió en el alfabeto y ahora está en el suroriente. Y el Divino Niño espera un 20 de julio para acercar los ojos a la tierra.

Óscar Bustos es reconocido dentro de su comunidad. Estudió en la Universidad Externado de Colombia algunos semestres de Comunicación sin terminar la carrera. Entre él y su mellizo, se preguntan aun quién era el bulto que crecía dentro del vientre de su madre. El doctor que la atendió durante la gestación identificaba a una criatura que venía al mundo y a un bulto indeterminado.

Óscar Bustos es la persona buscada para contarle las penas y problemas de la vida, es el periodista ético que en cada una de sus notas se pronuncia contra la indiferencia y la corrupción. Es también el maestro abierto, dispuesto a dedicarse a cada estudiante con esmero y dedicación para que su formación esté orientada de una manera ética y contundente.

Sin embargo, no todo en Óscar Bustos son rosas. Héctor Farfán, su gran amigo de tantos años le reclama que sus textos hayan perdido la frescura que lo caracterizó en su juventud. Angélica Ariza, diseñadora de su sitio Web y organizadora del lanzamiento del libro Crónicas de Guerras y Guerreros, le reclama por no saber integrarse bien con el mundo tecnológico de los computadores y por su mala memoria. Sus estudiantes, divididos en opinión, le acusan de ser excesivamente meticuloso con sus clases; mientras que otros le demandan por mayor exigencia académica. También hay que decir que es un gran cronista, un periodista ético, un padre amoroso, un hermano leal y un hijo

dedicado. Y, aunque se determine que el fue el bulto, su trayectoria en la tierra le dignificará.

Le huyo al Fastidio

Le huyo al fastidio como a una epidemia.

Que el fastidio no domine mis actos

Ni cohabite en mi cama,

Ni esté en la imagen del espejo

Decirle a mi amigo

Que me invite a su parla bienhechora

Con la literatura por compañera,

Así haya tormenta en los andenes

El fastidio me hace ver caricaturas

En los rostros antes inocentes,

Me hace decir lo simple de la vida

De las muchachas del barrio,

Que por encima de todo

Sólo esperan llegar vírgenes al matrimonio.

El fastidio me oculta que son bellas

Lavándose los dientes

Y que el deseo crece en ellas

Como crece su pecho

Y se ensanchan sus caderas.

Tomado de Surorienté.